

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

JORNADA DE LA FAMILIA 2010

Eucaristía de las familias

2 de enero de 2011

Al empezar la homilía os felicito cordialmente con unas palabras de la celebración de ayer. *«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz»* (Nm 6,24-26).

En esta Parroquia puesta bajo la advocación y el patrocinio de la Sagrada Familia celebramos hoy, diocesaneamente, la eucaristía en que miramos a nuestras familias a la luz de la Sagrada Familia de Nazaret, la constituida por Jesús, María y José. ¡Que ella ilumine, proteja y custodie a nuestras familias! Nos unimos desde aquí a la celebración multitudinaria de la plaza de Colón en Madrid; a los concentrados allí, y a todos nosotros, nos dirige el Papa un saludo y un mensaje, que tendremos tiempo de escuchar y meditar más tarde.

¿Por qué y para qué nos reunimos hoy en torno a la familia? La presente celebración de la Eucaristía, en estas circunstancias especiales, tiene numerosas motivaciones, intenciones y perspectivas. En primer lugar unimos a la Eucaristía, que por definición es Acción de Gracias a Dios Padre por el Don de su Hijo Jesucristo —nacido en Belén, oculto en Nazaret, mensajero del Evangelio por los caminos del mundo, entregado a la muerte en Jerusalén y resucitado por nosotros—, unimos a esta acción de gracias sustantiva y fundamental, la bendición a Dios por la fidelidad de tantos esposos, que en la bonanza y en las pruebas han dicho, apoyados en la gracia divina, sí al amor. ¡Es posible la fidelidad en el amor!

y de la muerte del amor. Aunque todos podamos atravesar situaciones de oscuridad y de sufrimiento, recordemos que a la fidelidad le está prometida la victoria, la alegría y la felicidad. Exijamos a las instituciones públicas la defensa de la familia en los medios de comunicación, y la protección social y económica. El beneficio que la familia saludable presta a la sociedad merece todos los esfuerzos y compensa los sacrificios.

Quiero aludir en este contexto celebrativo a la violencia doméstica, es decir, a la padecida en el hogar. ¿Cómo es posible que la suprema forma de intimidad degenera en humillación, prepotencia, miedo y violencia hasta la muerte? No bastan para superar este mal, como otros males morales, las leyes, la vigilancia policial, el ejercicio de la justicia. Se necesita básicamente educación moral y convicciones morales. Todos, varones y mujeres, hemos sido creados a imagen de Dios y con la misma dignidad; nadie es propiedad de otro; el amor debe vencer todo intento de dominio y humillación de unos sobre otros. Solo el respeto de la persona humana en su dignidad, el cultivo diario del amor a la servicialidad, la comprensión, el sacrificio y el perdón que rehaga la paz después de las desavenencias puede garantizar el rechazo de la violencia.

Nos unimos hoy particularmente a los cristianos coptos de Alejandría en Egipto, que en las últimas horas han sido víctimas de un atentado brutal —con 21 asesinados, muchos heridos, de los cuales bastantes muy graves, y la comunidad cristiana atemorizada— de la violencia desatada por el fundamentalismo religioso intolerante. Pedimos con el Papa que todos los creyentes vivan su religión como un servicio a la paz. No caben en una sociedad, fundada en los derechos humanos, ni el fundamentalismo excluyente y violento que quiere imponer la religión por la fuerza, ni tampoco el laicismo que margina la religión y quiere cercenar las manifestaciones públicas de la fe y que los cristianos se replieguen a la esfera privada. ¡Que aprendamos a vivir y a convivir respetándonos unos a otros en las legítimas manifestaciones de las diferencias! En medio de las dificultades y las persecuciones sangrientas o sutiles, recordemos que el Señor nos ha prometido su compañía todos los días hasta el fin del mundo y que “la verdad padece pero no perece”. El Señor es nuestra fortaleza. A todos, hermanos, os deseo la paz en el Señor nacido como nuestro Salvador.